

CARTA PASTORAL

QUE A SU INGRESO

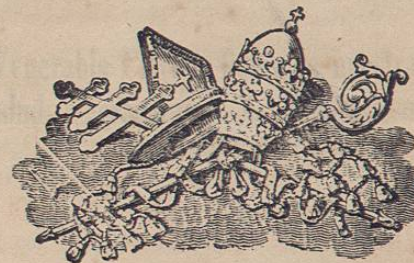
A LA NUEVA DIÓCESIS DE VERACRUZ,

DIRIJE

EL ILLMO. SEÑOR LICENCIADO

Don Francisco Suarez Peredo,

A SUS DIOCESANOS.



PUEBLA.

TIP. DE JOSÉ MARIA RIVERA, CALLE DE MOLINA NÚMERO 1.

1864.

¡Y que haga el mundo á su virtud justicia!

PEDRO GUERRA.

CARTA PASTORAL

DE LA

LA NUEVA DIOCESIS DE VERACRUZ

DE

EL LLAMO. SEÑOR LICENCIADO

Don Francisco Suarez Peredo

Obispo de Veracruz



DE DON JOSE MARIA RIVERA, CARRER DE MEXICO Y VERACRUZ

1864



NOS EL LIC, D, FRANCISCO SUAREX PEREDO,
por la gracia de Dios y de la Santa Sede
Apostólica, Obispo de Veracruz.

Al Venerable Clero y fieles de nuestra Diócesis,
salud y gracia en N. Señor Jesucristo.



L dirijiros por primera vez nuestra palabra, no quedaria
satisfecho el afecto cordial que os profesamos y la solici-
tud que nos incumbe de vuestro bien espiritual, si no os
exhortamos como San Pablo (*ad Ephes. cap. 4*) á guar-
dar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, siguiendo los ar-
dientes deséos de N. Señor Jesucristo en su oracion: "Padre San-
to, guárdalos en tu nombre, para que sean uno por caridad como
nosotros por naturaleza;" y no os dijésemos, aunque con brevedad

qué unidad tan deseable sea la que Jesus pedia invocando el nombre omnipotente, y que el Apóstol establecia en el dulcísimo lazo de la paz; unidad divina que cuenta tantos contrarios, cuantos tiene la fé y la buena moral; unidad celestial, contra la cual combate el espíritu del siglo, que es espíritu de error y corrupcion; unidad, en fin, que forma el edificio espiritual de la Iglesia Católica, y que se dirige á consumarnos en la verdadera religion, juntándonos á Jesucristo para conseguir nuestra felicidad.

Un Señor, una fé, un bautismo, es la divisa del católico y el carácter de la verdadera Iglesia, que es un solo cuerpo, un solo espíritu por una sola esperanza de su vocacion, y un Dios Padre de todos, que es sobre todos y por todas las cosas y en todos nosotros, autor y custodio de la unidad católica que lleva en sí el espíritu de verdad para crear, el espíritu de santidad para obrar, y tal rectitud de creencia y de accion, forman la sociedad religiosa á quien Dios reconoce por suya, y fuera de la cual no hay salvacion.

Habéis aprendido á Jesucristo, habéis oído su doctrina y habéis sido enseñados en él; nacidos y educados en el catolicismo, señalados con el carácter indeleble de cristianos que recibisteis en el santo bautismo, pertenecéis á la verdadera Iglesia, y esta Iglesia, formada de nosotros, como de todos los católicos del universo, es una, por esa unidad de fé y de comunión que debe hallarse en todos los fieles, y que es á manera del sol, cuyos luminosos rayos se esparcen sobre toda la tierra, difundiendo la luz y el calor, pero que tienen un solo principio, un solo medio, un fin comun, porque todos son un mismo sol, del que no pueden estar separados sin dejar de existir, á manera de los ramos de un árbol, que aunque en diversa situacion y tamaño, tienen su ser, firmeza y fecundidad del tronco comun de que nacen, y separados del cual, se marchitan, y no son, en fin, como los arroyos, que naciendo de un rio, son este mismo rio que se difunde en ellos, y ellos reciben de él su ser y su virtud. En qué consiste, pues, esa unidad católica y por qué lo tomamos como asunto tan principal, que sea lo primero de que os hablamos al ingresar en la Diócesis que se compone de vosotros? lo vereis escuchando dócilmente, lo que pasamos á deciros.

Hay en el hombre un sentimiento noble que no ha adquirido, sino que nació con él, el sentimiento de la dignidad de su naturaleza, que se hace advertir en los pensamientos y en las acciones, porque todo pensamiento ménos decoroso, toda accion que desdice, llevan consigo impresion de indignidad que no deja al hombre en paz, con una voz secreta que en lo íntimo de su corazon resuena avisándole que no obró bien, y una sensacion indefinible de mal estar consigo mismo, que escluye la satisfaccion que se

disfruta cuando se procedió con rectitud y decoro, cual cumple al hombre honrado; pues estos sentimientos en mayor escala, son los que la religion enseña diciéndonos que fuimos criados semejantes á Dios, que Dios nos hizo á su imágen, que selló sobre nosotros la luz de su rostro, y que al obrar nosotros sin desdecir de tan digno origen, hallamos en nuestro corazon la alegria que para entónces depositó en él nuestro Supremo Autor, y la série de nuestra vida en el bien es la felicidad, porque es la prenda de la inmortalidad dichosa, que como corona de justicia dará en el último dia el Juez por excelencia justo, remunerador del bien y del mal que se halle en nuestras obras; estos conceptos que no faltan á ningun hombre, mas ó ménos claros, incluyen precisamente, si son debidamente atendidos, el conocimiento de la necesidad natural, social y religiosa de la verdad y del bien, porque el error y el mal emponzoñan los elementos de felicidad que separados de las fuentes purísimas de ésta, se empeñan los hombres en arrebatarse de donde les parece hallarlos; aun mas, ni el bien ni la verdad se han de considerar aisladamente para satisfacer al hombre, la limitada duracion de la vida que le hace advertir la existencia de otra despues de la presente, eleva sus miras sobre esta, y al bien y á la verdad junta la idea de la duracion interminable; una verdad que eternamente llenará nuestro entendimiento, un bien sólido y real que sin fin será disfrutado por nuestra voluntad; la íntima union de nuestra alma con ese Sumo Bien Eterno, es el fin sublime del hombre, cuya adquisicion se procura en la tierra y se logra en el cielo, esto es el término de sus deséos; así es que, seguir el camino que á este lleva, es una necesidad natural, social y religiosa, mejor dicho, la naturaleza que se perfecciona por la sociedad, la sociedad que no puede existir sin religion, la religion que se dirige á Dios, no pueden existir ni concebirse desconociendo á Dios, cuyo conocimiento lo es del autor de la naturaleza y de la sociedad, de nuestro cuerpo y de nuestra alma, á quien el hombre no puede dejar de estar sometido y obediente, así como nunca puede dejar de depender de Dios en su vida y en su muerte, pues ni nació sin Dios, ni puede prolongar sin Dios un dia de su existencia, y esa sumision y obediencia á Dios, es la religion, y la religion es la esencia, el culto, la moral; reflexionad, pues, ahora sobre estas tres cosas, y vereis que la necesidad de ellas no sería satisfecha, esto es, ni la creencia, ni la moral ni el culto serán la religion verdadera si no emanan de Dios, en el modo que tiene por bien disponer, porque todo lo que no viene de Dios, no posee ese carácter divino que nos lleva al Padre de las luces, de quien procede todo don perfecto; así que la creencia, la moral y el culto, viniendo de Dios, incluyen esencialmente la idea de la unidad; ¿cómo podría ser creencia divina la falsedad?

y ¿cuándo la verdad podrá hallarse en la creencia diversa ó contraria de la que enseña Dios; la moral jamás puede ser diversa, porque lo bueno, por sí mismo no puede ser malo, ni lo malo bueno; en fin, el culto que es la honra que se tributa á Dios, no puede estar sin la verdad en la creencia, sin la bondad en la moral; luego si el culto, la moral y la creencia no pueden serlo sin la verdad, y el bien, nada puede ser sin la unidad, y la unidad, atributo esencial de Dios, ha de hallarse tambien en la sociedad religiosa; en vano, pues, se llamaria sociedad religiosa, sino abusivamente, la que no tiene esa señal divina de la unidad, y ninguna la tiene sino la Iglesia católica, por lo mismo, fuera de la Iglesia católica nadie se salva.

La Iglesia católica es una, porque la fé es una, esto es, lo que debemos creer, es lo mismo en toda la universalidad de católicos en todo el mundo, no obstante la diversidad de naciones, de idiomas, de usos humanos; cualquiera diferencia que hubiera en su creencia, haria que no fuesen católicos, que quedasen fuera del gremio de la verdadera Iglesia, que jamás puede variar en creencia, porque su creencia es divina, y lo divino jamás puede variar porque es la verdad, y la verdad jamás puede variar porque es una, y uno jamás puede ser diverso de sí mismo.

La Iglesia católica es una porque Dios es uno, esto es, su Autor y su fin es uno; divina como su autor, celestial como su fin, inmortal como su autor y su fin; reconoce como su único dueño á Dios, y Dios, dueño supremo de todos los hombres, estableció sus preceptos para reglar el corazon humano, como reveló sus dogmas para enseñar su entendimiento; la creencia verdadera incluye las buenas costumbres, porque la fé sin obras es muerta, y la buena moral que se resume en la caridad con Dios y con el prógimo, es la vida de la fé, esa caridad que funda y solida todo lo que está mandado, que es el complemento de la ley de Dios y el verdadero cristianismo, con muy esplendoroso brillo ostenta su unidad; el amor, este sentimiento que posee al hombre siempre que vive, en el verdadero católico nunca puede estar separado de la creencia verdadera, porque siempre que desdice de ella, ya no es el amor del hombre cristiano, sino la corrupcion del hombre animal y terreno que se corrompe por sus deséos, que se descamina en sus invenciones, que se estravia por los precipicios, y no va por el sendero de la rectitud, luego debe ser uno, porque su objeto Dios es uno, y á manera de nuestra vista que no puede aplicarse á un tiempo á objetos en situacion contraria, si no se dirige á Dios se aparta de su fin, y si se encamina á Dios por el cumplimiento de sus preceptos, de preciso es uno y constituye la unidad de obediencia, la unidad de moral, la unidad de accion en el catolicismo.

En fin, la Iglesia católica es una porque tiene un solo bautismo, esto

es, una sola puerta hay para entrar á la Iglesia católica, para ser cristiano, para adquirir derecho al cielo, y como medio para la participacion de los demás sacramentos, pues que son incapaces de estos los que no fueran bautizados, y esa puerta es el bautismo, bautismo que es único, porque se da en nombre de Dios uno en esencia, único porque la virtud de nuestro Señor Jesucristo es una misma en él, aunque sea administrado por diverso sacerdote; único, en fin, porque su objeto es único, el renacimiento espiritual del hombre, purificándolo de todo pecado, haciéndolo hijo de Dios por la gracia, escribiéndolo en el número de los que vestidos y llamados para las nupcias celestiales, ya no deben pertenecer á la ciudad terrena, en que reina el amor de sí mismo llegando al desprecio de Dios: allí profesa la fé católica para recibir el sagrado carácter, allí renuncia al demonio y sus pompas, y el sacerdote, en el nombre divino, santifica su alma y la pone en la casa de Dios, la cuenta en el rebaño de Jesucristo, Pastor Eterno, la alista en la milicia cristiana, cuyo capitán celestial triunfó en la cruz de los enemigos de su reino, y atrajo á sí todas las cosas; esta unidad de bautismo incluye la unidad católica en la participacion de los sacramentos, en la sujecion á los mismos pastores, como primero y supremo al Romano Pontífice, al incluir la vida en el gremio de la Iglesia, y la triple unidad de fé, de moral, de sacramentos ó culto, es lo que S. Pablo enseña diciendo: *unus Dóminus, una fides, unum baptisma.*

Esta unidad hace que podamos decir: un Dios Padre de todos, porque la unidad católica nos hace hijos de Dios y nos da el espíritu para que lo llamemos Padre, y el Padre de Jesus Hijo verdadero de Dios, es nuestro verdadero Padre, por la gracia que nos hace sus hijos adoptivos y coherederos del reino de los cielos, obrando así en nosotros el efecto dulcísimo de la santa esperanza, mira única de nuestra vocacion al cristianismo, bálsamo de los males de la vida humana que eleva nuestros ojos llorosos mas allá de los cielos, y nos lleva hasta el trono de Dios, para decirle confiados: Padre, tu eres mi especanza y mi herencia en la patria de la vida, y esta unidad de consuelo y de esperanza, es la unidad de nuestra vocacion al catolicismo, que es lo mismo que nuestra vocacion al cielo: *sicut vocati estis in una spe vocationis vestre.*

Los católicos, por tanto, formando la Iglesia que es el reino de Dios en la tierra, son un solo cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, y este cuerpo es animado por un solo espíritu, que es el espíritu de Dios, *unum còrpus et unus spírítus*, así como en nosotros todos nuestros miembros forman un solo cuerpo, y este cuerpo es animado por una sola alma que lo rige y gobierna; todos los fieles son miembros del cuerpo moral que se llama Iglesia católica, y con la uniformidad que los miembros del cuerpo na-

tural componen este, ellos deben desempeñar sus deberes cristianos para ser verdaderamente miembros vivos de ese cuerpo moral, y el cumplimiento fiel de las obligaciones de cristiano, hace brillar la unidad católica, haciendo aparecer en la multitud de creyentes, un corazón y una alma como se refiere de la primitiva Iglesia: *multitudinis credentium erat cor unum et anima una*, y así se cumple el precepto que Jesús impuso como carácter y signo de sus seguidores, en esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os teneis mútuo amor ó caridad: ¡qué hermoso patrimonio el del catolicismo, pues consiste en la unidad! ¡qué bello es el reino de Jesús, Rey eterno del corazón cristiano, á quien ilustra con su fé, rije con su moral, conserva y eleva por sus sacramentos y culto; gloria y felicidad del corazón, juntarse con su divino Autor por esa santa unidad que le hace participar del espíritu de Dios, y lo empeña á que se esfuerce en conservarla por el vínculo de la paz, *soliciti servare unitatem spiritus in vinculo pacis*. El espíritu del cristianismo es espíritu de concordia que escluye la disencion, espíritu dócil que escluye la desobediencia, espíritu de sumision que escluye la arrogancia del orgullo; y los hombres concordantes entre sí, obedientes á Dios, sumisos á los preceptos, tienen en sí esa ligadura de salud que se llama vínculo de la paz, paz que Jesús trajo á la tierra y dejó á sus discípulos, paz que no hay para los impíos y que el mundo no conoce, porque no conoce ni sabe á Jesucristo, pero que enlaza dulcemente en unidad con Dios y el prógimo, al católico fiel que de este modo tiene la unidad del espíritu de la Iglesia; espíritu santo, espíritu dulce, espíritu de consuelo y esfuerzo en toda circunstancia de la vida, que aun en lo que el mundo llama adversidad, hace hallar al corazón virtuoso la paz de Dios que escede todo sentimiento, y que guarda la inteligencia y el corazón, haciéndolo verdaderamente superior á las vicisitudes humanas.

Dios es el Padre de todos, Dios es sobre todos, Dios es por todas las cosas, Dios es en todos nosotros; profesion de fé en la unidad católica que reconoce la clemencia de la divinidad que tiene por hijos á sus fieles, que ve el poder é imperio divino superior á todo, su providencia en todas las cosas, y la gracia que nos fortifica y que hace habitar en nuestros corazones al mismo Dios que los formó, y refiriendo á Dios el origen y dominio de todas las criaturas, su conservacion y su ser espiritual de la gracia, permanece fiel en la esperanza de la gloria, y todo por ese Dios uno, cuya Iglesia es una, que repugna division y discordia de creencia y de voluntad.

Y tan dichosa unidad no es abstraccion, sino realidad, cuyo ser visible como la Iglesia, es tan claro, que el mas ignorante lo puede com-

prender; ese vínculo de paz que guarda la unidad del espíritu, contiene la obediencia á los légitimos pastores, y estos unidos al Supremo Pastor, al Romano Pontífice, formando la gerarquía de la Iglesia, dan la garantía que esta ofrece á la unidad católica; todo fiel unido á su legítimo Párroco, lo está asimismo á su Obispo, y el Obispo, en comunión con la Sede Apostólica, sostiene y conserva la unidad que enlaza al simple fiel con la cabeza visible de la Iglesia, el Papa, y con la cabeza invisible Jesucristo, y este enlace necesario escluye todo cisma ó division, todo error ó herejía, hace que se conserve puro el depósito de la fé, la creencia de los fieles, y que estos, obedientes á las determinaciones de la Iglesia, testifiquen con su vida y actos religiosos, que tienen en sí la unidad católica, que viven cristianos y mueren fieles, para reinar bienaventurados.

La autoridad, pues, de la Iglesia sostiene la unidad, y esta unidad funda la autoridad de la Iglesia, y siendo la unidad católica fundada en la unidad de Dios, esta eterna unidad apoya y afirma la autoridad de la Iglesia; así se lee en las divinas escrituras. Jesús dijo á los apóstoles y en ellos á los obispos: “Yo os elegí y os puse.” “El Espíritu Santo puso á los obispos para reir la Iglesia de Dios que adquirió Jesús con su Sangre” “El que no oye á la Iglesia, es como gentil y publicano.” Jesús dijo, refiriéndose á los pastores: “el que os oye me oye, el que os desprecia me desprecia.” La Iglesia, pues, por sus pastores, si enseña es la verdad de Dios, si dispone es con la autoridad de Dios, y á Dios se refiere la obediencia de los fieles, por mas que sea indigna la persona del Pastor, como se verifica en Nos, á quien por sus altos juicios y por medio de N. Smo. Padre el Sr. Pio IX, eligió Dios Ntro. Señor, Obispo de esta nueva Diócesis de Veracruz, y para confusion nuestra ante el divino acatamiento; mas para vuestro espiritual provecho os decimos lo que mira á la autoridad que inmerecidamente ejercemos, recordandoos, que os exhortamos en el nombre de nuestro adorable Salvador Jesús, y como de Su Magestad se dice en el Evangelio: que *enseñaba con la potestad que tenia*, misma que nos ha confiado y con la cual deseamos se edifique en todos y cada uno de vosotros espiritualmente la casa de Dios, con la claridad de la verdad, con la solidez de la virtud.

Amar, pues, la unidad católica, es amar la verdadera Iglesia, y esto es conservar la verdadera religion: el espíritu irreligioso se insinua en el corazón del hombre, del modo mas perjudicial, por mas oculto y ménos precavido; concedlo, dice S. Pablo [2. Tesal. 2. 10.] por cuanto los malos no amaron la verdad para ser salvos por ella, permitirá Dios que sean engañados con diversos errores, para que dejada la verdad de Dios, crean

á la mentira del demonio: Comenzad, reflexionando los pasos que conducen al mal, y vereis como la indiferencia, la frialdad para el bien, la falta de amor para este, es lo primero; así la indiferencia para lo bueno socava el corazón humano y lo hace abandonar esa verdad que lo salvara, y á este abandono es consiguiente la operacion del error que se enseña entonces del espíritu humano; buscad en esto el origen del mal de nuestra sociedad religiosa; la piedad de nuestros mayores era el amor de la verdad salvadora, de la verdad católica, y las obras virtuosas practicadas con el empeño de ese deseable amor, alejaban el engaño de diversos errores que alterando la unidad de comunión católica, lleguen á trastornar en el hombre la unidad de fé; mas nuestro siglo, dominado por el espíritu de vértigo, se acoge al indiferentismo religioso y no aprecia la verdad, como el hombre que rehusa el trabajo, va necesariamente á la miseria ó al robo, y la desidia natural del hombre sin el esfuerzo que viene del amor al trabajo lo conduce á tales extremos, así en la religion católica, freno de las pasiones, intransigible con la anchura del malo, la frialdad es la falta de amor á ella, su menosprecio, su indiferencia, su práctico abandono, aunque con las palabras se abraza y preconice; los sacramentos de la Iglesia no serán hoy tan atacados por los errores de la herejía, como por los cristianos indiferentes que viven sin ellos, sin recibirlos y acaso aun ignorando lo que son y lo que aprovechan; los actos religiosos no sufrirán los ataques que en los primeros siglos, sino los de aquellos hombres que viviendo á su amplitud, les prodigan el sarcasmo del ridículo, ó el menosprecio de la indiferencia; Jesucristo Dios no es disputado hoy como lo fué por Arrio y por Nestorio, pero olvidado y despreciado recibe en los efectos muy sensible ultraje de los cristianos, que con su vida, agena de su nombre, lo desconocen y lo niegan; “los malos no amaron la verdad por ser salvos por ella.” El siglo XIX creeria que la verdad católica envejece y enseña á mirarla con vista indiferente, por esto vienen los errores nuevos, que escluyendo la verdad de Dios, hacen lugar á la mentira, que engañando, disuelve la unidad católica y destruye la sociedad.

Miradlo, cuando la regla de conducta no es la recta moral del Evangelio, la vanidad de los sentidos es la pálida antorcha que guía los pasos del hombre desgraciado en la senda del crimen, lo que le agrada sigue, lo que le es cómodo busca, lo que enriquece ansía, y su entendimiento se llena de tinieblas, porque su corazón endurecido abrió la puerta á la ignorancia, esta es precisamente la vida del hombre fuera de la unidad católica, segun S. Pablo, la vida del gentil fuera de la Iglesia de Dios, vida sin paz (y desgraciada paz si llega á tener la que sofoca el interior aviso de

su propia conciencia) vida sin esperanza, porque no se da este ramo fecundo en los áridos caminos de la perdición, sino al que salta de ellos al plácido vergel del arrepentimiento, y la sociedad entonces, sin rectitud y buena fé, sin honor y decoro, es un esqueleto descarnado sin vida y robustez; veis que de la falta de amor á la verdad católica, se pasa á la indiferencia, y de esta al abandono práctico de la religion; porque el hombre sigue como regla el placer del sentido y no cuida su deber religioso; pues reflexionad y ved el principio venenoso que todo esto incluye: al indiferentismo sigue la vida licenciosa, y á ambas el orgullo; la Iglesia como luz celestial jamás puede convenir con lo oscuro del error y del vicio, y monumento eterno de la virtud del Altísimo que la fundó, lleva siempre en su seno, aunque el mundo no lo conozca, la verdad y la santidad, es reprehension perpetua del error y del crimen, es resplandor que brilla y á quien aborrecen los que obran mal, porque no pueden amar la luz; por esto se aborrece la autoridad de la Iglesia, y arbitrios mil que surgen del abismo, son armas del orgullo contra la Iglesia misma, aun en el hombre que aparentara religion, porque la Iglesia no enseña el desamor del hijo á sus padres, no la rebelion á los superiores, no la disipacion de los caudales, no los fraudes y la usura, todo vicio, en su origen orgullo, pues de este nace todo pecado, aborrece la moral cristiana y á la Iglesia su fiel depositaria, *corrumpitur secundum desideria erroris*, dice S. Pablo [Efes. 4.] y este error se quiere levantar contra la superioridad de Dios que lo prueba.

Y la Iglesia, siempre Madre, que aunque aborrece el error, ama á los errantes, llora á sus hijos extraviados, porque solo conservan la forma exterior de la unidad católica, mas destituidos de su forma interior que es la verdadera caridad que hace al alma permanecer en la gracia de Dios, los llora como miembros suyos pero muertos y corrompidos por los deseos del error, *corrumpitur secundum desideria erroris*.

Que extraño seria el descuido en la instruccion que cada uno debe procurarse en la doctrina católica, que el seguir como niños incautos los vientos de doctrina que la perversidad y astucia de los enemigos del catolicismo procuran esparcir, cuando esto es consiguiente al desamor de la verdad “por cuanto los malos no amaron la verdad para ser salvos por ella, permitirá Dios que sean engañados por diversos errores” que extraño en fin que se llegara á romper públicamente la unidad del catolicismo, como desgraciadamente nos lo refiere la historia de otros paises, si el cisma y la herejía, los vicios mas directos contra la forma exterior de la unidad católica, provienen de la escision ó division de la forma interior que es la vida cristiana.

Sea, pues, consecuencia de cuanto os hemos dicho, que la fé, la moral y el culto en la Iglesia católica tienen entre sí tal enlace, que la falta de esta, y la corrupcion de aquella en el corazon humano, llevan á la pérdida de la fé, que la irreligiosidad, el indiferentismo llevan á la corrupcion y ésta á la impiedad, á la separacion de la doctrina de la Iglesia; que la Iglesia con su triple unidad de doctrina, de sacramentos y de gobierno, representa la obra de Dios indestructible en sí; pero cuya permanencia en cada cristiano, en cada país requiere la cooperacion, la fidelidad de los individuos, y que éstos, ó desobedientes á la autoridad de la Iglesia ó desconociendo la moral evangélica, enervan la vida de la fé, y la fé en ellos es un cadáver sin vida ni accion; mas la vida nueva del hombre que se aparta del vicio y sigue la virtud obedeciendo á la Iglesia, lo vuelven al seno de Dios y lo hacen miembro vivo del cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, que influye en él con su gracia por los sacramentos, hasta que llegue á la unidad de conocimiento celestial, á la plenitud de su perfeccion en el reino sublime que jamás tendrá fin.

Los medios por tanto que habeis de practicar para permanecer en la unidad católica como miembros vivos, serán: primero, cada uno en cuanto esté en su mano, la instruccion religiosa, desechando la mas mínima novedad que se aparte de lo que la Iglesia aprueba; observar exactamente la moral cristiana, cumpliendo los deberes de su respectivo estado con fidelidad empeñosa; y en fin, la piedad diligente para las prácticas religiosas en culto de Dios y aprovechamiento de los sacramentos que la Iglesia dispensa: esta es la cooperacion que os pido para el establecimiento de la nueva Diócesis, que como edificio glorioso, se ha de fundar en la base del catolicismo; rogad á Nuestro Divino Redentor Jesus, por la intercesion de su Inmaculada Madre la Santísima Virgen María, os conceda vivir y morir en la unidad católica, y pues que puso los ojos en nuestra insuficiencia para que fuésemos el vínculo de union entre vosotros y la Iglesia, rogadle incesantemente por Nos, para que llenando los deberes de nuestro cargo Pastoral, cumplámos los designios del Señor; rogadle que se digne enviar operarios á su mies, esto es, que se multipliquen los Sacerdotes para el ministerio de toda la Diócesis, y rogadle en fin, que en el establecimiento y fundacion de ésta, todo sea segun su divina voluntad; á este fin os concedemos cuarenta dias de indulgencia por cada peticion que dirijais á la Santísima Virgen ó á Nuestro Señor Jesucristo por Nos, por todos los señores eclesiásticos, como que son nuestros coolaboradores, por la recta ereccion y régimen del nuevo Obispado, y por cada uno de vosotros, para que con su buena vida y virtuoso ejemplo nos ayude en vez de destruir lo que Nos procurémos para el bien de las almas.

Dentro de pocos dias, y con el favor divino, será verificada la publicacion de la Bula Pontificia y ereccion del nuevo Obispado de Veracruz, y luego que el Sr. comisionado Apostólico lo haga, ingresarémos en la ciudad de Jalapa, que por disposicion espresa de Ntro. Smo. Padre el Sr. Pio IX, es la Capital de la Diócesis; mas desde ahora, y con el mas tierno afecto de nuestro corazon, os damos la bendicion Pastoral, en el nombre de Dios Padre, de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo.

Dada en la Ciudad de la Puebla de los Angeles, á 24 de Agosto de 1864.

Francisco, Obispo de Veracruz.

Por mandato de S. S. I.

Lic. Ignacio Suarez Peredo,
Secretario.